



DON PEDRO GONZALEZ

Jefe de la Repostería Real

Cuando el Rey bajaba a las cocinas

Un día, don Alfonso quiso darle la vuelta a la tortilla

EL pastelero del Rey vive en Madrid. Tiene ahora setenta y un años y un corazón infantil, más grande que un castillo. Se llama Pedro González y durante muchos años estuvo sirviendo al Rey Alfonso XIII, como Jefe de la Repostería de la Casa Real.

Hoy vive independiente, al frente de sus negocios, y alentado por los recuerdos de su existencia pasada. Don Pedro es un sentimental

«de los de antes», y don Pedro llora cuando le recuerdan al Rey, cuando le hablan de Palacio y de aquellos días en que su pequeña figura se paseaba con la mayor tranquilidad por todos los rincones de la Casa Real.

Don Pedro es muy bajito, como los grandes hombres. Cuando habla se emociona y se le enciende la cara. Las venas de su frente ya calva se le inflan como globos y

*Confidencial - Revista mensual del
mes de Abril de 1965*

amenazan con estallar, mientras que los cristales de sus gafas se empañan por las lágrimas. Tiene, a su edad, una memoria prodigiosa. Recuerda todos los momentos de su vida pasada con una facilidad asombrosa, como si aún los estuviera viviendo, como si tan sólo hubieran transcurrido unas horas, cuando han pasado los años y también los lustros... Don Pedro cita nombres, palabras, situaciones... don Pedro calla porque se emociona de tal forma que no le salen las palabras. Cada frase suya es una historia, cada palabra un símbolo.

—Un día, cuando sólo tenía nueve años, salí de mi casa, abandoné el pueblo donde nací, el Casar de Talamanca, para ganar el pan que mi madre y mis hermanos necesitaban. Llegué a Madrid sin nada, ni siquiera con un real en el bolsillo, pero traía las ilusiones, que siempre pueden más que cualquier dinero.

Comienzo sencillo

Este fue el comienzo de su larga historia. Un comienzo sencillo y a la vez dramático. Nadie podía imaginar que aquel niño que se llamaba Pedrito llegara un día, muy pronto, a ser Jefe de la Real Repostería de Palacio; sin embargo, lo fue.

—Fue una verdadera sorpresa. Yo me había hecho pastelero. Mis dulces habían alcanzado alguna fama, pero nunca imaginé cuánta. Mi vida estaba poco menos que solucionada. Yo ya me había casado. De pronto un día... sin esperarlo, se presentó un señor llamado Gerardo Ferrer en mi casa. Era el año 1920. Don Gerardo venía de parte del Rey, como Inspector General de los Reales Palacios que era. Me dijo tranquilamente que en Palacio me esperaban para ocupar el puesto de Jefe de la Repostería de la Casa Real. Recuerdo que me quedé blanco. Don Gerardo no me dejaba tiempo para pensar, tenía que aceptar porque Su Majestad Alfonso XIII me estaba esperando, y a un Rey no se le hace esperar...

Le animó su esposa

Pero don Pedro no se hubiera decidido si no le hubiese empujado su esposa. Porque don Pedro es muy tímido. Sin embargo, su esposa le animó diciendo que cuando le buscaban era porque le querían, y que tenía obligación de aceptar. Un día después, don Pedro llegaba a Palacio y comenzaba sus funciones como Jefe Repostero. Tenía entonces don Pedro veintisiete años.

—El primer día que condimenté los dulces del Rey, Su Majestad

me hizo llamar para conocerme y felicitarme personalmente. De verdad, de verdad, que me emocioné como nunca lo había hecho.

Ahora vuelve a emocionarse. Las lágrimas le corren tras el cristal de las gafas. Y las venas de la frente se le inflan. Hay una pausa, que ninguno somos capaces de quebrantar. Luego, don Pedro nos mira y sigue hablando:

Platos para D. Alfonso

—Su Majestad me invitaba a todas sus cacerías, y cuando no me veía en alguna de ellas, me lo reprochaba después. Yo no sabía qué decirle, pero la verdad, me sentía muchas veces cohibido. Yo, además de repostero, condimentaba algunos platos para don Alfonso, por encargo de él. A veces ocurrían cosas verdaderamente curiosas y que ponían a prueba la personalidad del Rey. Estábamos en una cacería en la Casa de Campo, entonces coto real. Yo me ocupaba en hacer la comida, cuando Su Majestad se me acercó sonriente y se paró a verme cocinar. Recuerdo que hacía una tortilla a la española, y cuando Su Majestad vio que soltaba la tortilla al aire, no pudo contener la risa, ni tampoco la tentación de probarlo a hacer él. Me dijo entonces que si le permitía probar. Le preparé las

para
LUMINOSOS

en la capital
de España



EDIFICIO
SANTO DOMINGO
Planta 7 - n.º 16
Tel. 222 79 34.

¡30!

emplazamientos
en lugares
comercialmente
interesantes
de madrid



patatas y también los huevos, y cuando todo estaba a punto, don Alfonso, con verdadera ilusión, cogió el mango de la sartén. Dos veces estuvo a punto a soltarla al aire sin atreverse, pero al fin se decidió y la tortilla voló por los aires. Media cayó en la sartén y la otra media en el fuego. Todos los que allí estábamos, y Su Majestad también, reímos desenfundadamente. Después, pidió mil disculpas por habernos molestado y nos obsequió a todos con pitillos.

Vuelven las lágrimas a sus ojos, vuelve el silencio, vuelve la pausa... Don Pedro guarda un sin par de documentos de la época, por los que se le autorizaba el acceso a todas las dependencias y jardines de Palacio. Los reales documentos están esparcidos sobre la mesa. A veces, jugueteamos con ellos, mientras don Pedro se consuela. Después él los mira, y con las manos temblonas nos los acerca.

—Cuando yo entré a servir a Su Majestad, ganaba seis pesetas al día. Pero aquello era un gran sueldo. Ciento ochenta pesetas al mes había muy pocos que las ganaran... Y no era el dinero lo que me satisfacía, sino el honor de servir en Palacio y la consideración de que hacía gala Su Majestad conmigo.

El Rey don Alfonso XIII no era nada exigente ni con las comidas, ni con ninguna otra cosa. Siempre se conformaba con lo que le ponían. Nunca Su Majestad despreció un plato, ni porque estuviera

mal condimentado, ni porque no le gustara, ni tampoco porque se lo hubieran servido frío. Mientras tanto, la servidumbre era más exigente para las comidas, y don Pedro tuvo muchas veces que cambiarles el plato.

—Su Majestad siempre desayunaba lo mismo. Nunca varió, que yo sepa: un par de chuletas de cordero, o de ternera, indistintamente, con unas patatitas fritas, y detrás café. Pero el café siempre lo tomaba puro y sin azúcar. De otra forma no podía...

Don Pedro se agarra a sus recuerdos para seguir viviendo. Con sus años, sigue al frente de sus negocios en Madrid: una pastelería de acreditada fama y una moderna cafetería. Sus hijos son quienes en realidad llevan ahora las riendas, pero don Pedro sigue en pie trabajando día a día, condimentando pasteles, los mismos que sirvió en la mesa real.

—Mi trabajo no ha sufrido alteraciones de ningún tipo. Mis pasteles son lo mismo hoy que hace cincuenta años. Lo que ocurre es que antes se los servía a Su Majestad don Alfonso XIII...

A veces don Pedro se acuerda también del día que de niño salió de su pueblo, el Casar de Talamanca. Tenía sólo nueve años y un sin fin de ilusiones. Pero llevaba las manos hábiles y el afán de acero. De pronto, un día, el Rey le llamó, y el joven Pedro González se convirtió por arte de magia en «El Pastelero de Su Majestad».

*Un recuerdo afortunado
Joaquín Olivera*